

sus manos; no les hagan mal, que algunos hemos de dejar que habiten estas tierras;» (que cuando esto se escribe, que es en el año de mil seiscientos cincuenta y dos, no hay ocho indios en Cuiná).

Así que se acabó de vencer el peñol y fuerza, llegaron al virey los correos de la ciudad de Guadalajara, con que tuvo nuevas de lo que pasaba en ella y la victoria que habían tenido, que no la pudo saber hasta entonces, porque como sucedió día de S. Miguel, y había ciénagas y rios y estar toda la tierra encendida en guerras, no se pudo dar aviso hasta entonces. Holgóse el virey de saberlo, porque con esto y la victoria del peñol iban las cosas de los españoles en gran pujanza: descansó algunos días, aunque pocos.

CAPÍTULO XXXVI.

En que se trata cómo el virey D. Antonio de Mendoza determinó ir al peñol de Nochistlan, y de lo que sucedió en el camino.

El virey determinó ir al peñol de Nochistlan sin llegar á la ciudad de Guadalajara, por lo cual envió un correo al gobernador Cristóbal de Oñate para darle razon del buen suceso que había tenido en el peñol de Cuiná, y que por conducir con brevedad la pacificación de la tierra no podía llegar á la ciudad, que le saliese al camino luego, porque iba derecho al peñol de Nochistlan á desbaratar aquella fuerza tan soberbia de enemigos; y así que despachó el correo comenzó el virey á caminar por su campo llevando su viaje; y salió por los altos del valle de Cuiná por el Cerro-gordo y valle de Zapotlan y Acatic á salir al vallecillo de Mescala, y todas aquellas poblaciones, que eran de gente tequexa, salieron de paz, por ser mas pacífica que la cascana: llegó al rio de Temacapulli y descansó dos días. El gobernador Cristóbal de Oñate, luego que supo la victoria del peñol de Cuiná y la derrota que llevaba el virey, apercibió su gente y sacó de la ciudad cincuenta soldados de á pié y á caballo, y dejó en ella otros cincuenta para que la guardasen, y señaló por su capitán á Juan del Camino, y por capitán de los cincuenta que iban con él á Miguel de Ibarra, que era encomendero de los del peñol de Nochistlan, y fué de mucho prove-

cho y importancia su ida, como adelante se dirá, y comenzó á marchar cogiendo el camino por el de Contla arriba á encontrar con el virey. Todos los pueblos le salieron de paz, y habiendo bajado al rio de Temacapulli, allí le halló, y luego fué á besarle la mano y á darle el parabien de su venida, y el virey le dijo: «Señor capitán, fuerte y valeroso muro de la Galicia, sea muy bien llegado;» á esto respondió Oñate: «Merced es esa muy grande que V. S. me hace, no cabiendo en mi cortedad tal nombre y título. Eso y mucho mas se puede decir por V. S., y decir otra cosa sería querer yo robar y alzar me con el nombre y renombre de un príncipe tan grande como V. S. es, viniendo á socorrer á un soldado como yo, de los mas mínimos que V. S. tiene en su campo; y así como uno de ellos me pongo debajo de la bandera y amparo de V. S. á quien suplico me mande como uno de ellos.» Á esto le respondió el virey que él y los suyos venian á su casa, y que como señor gobernador y capitán del reino le podía mandar en todas ocasiones, y ellos obedecerle. Entonces Oñate le besó las manos, y tuvieron muchas razones y buenos comedimientos, que en aquellos tiempos se usaban diferentes cortesías con los hombres principales que en estos.

CAPÍTULO XXXVII.

En que se trata de cómo llegó el virey D. Antonio de Mendoza al peñol y fuerza de Nochistlan.

Partió el ejército de Teocaltiche, y mandó el virey marchar con mucho concierto y recato por una llanada grande, por cuanto estaban cuatro leguas del peñol, y encontraron con un indio ladino en mexicano; le preguntaron de dónde era, el cual dijo que era criado de Miguel de Ibarra, que estaba con los empeñolados en Nochistlan, los cuales habiendo sabido que habían venido sobre ellos tantos españoles, le enviaron los caciques á que supiera si entre aquellos españoles venian otros de la ciudad de Guadalajara; y si venia allí su señor Miguel de Ibarra, que le venia á avisar se volviese, porque decian que á él y á los demas habían de matar,

y que como ellos habian sido vencidos en la ciudad, yendo á matar los que en ella habia, que así les sucederia á ellos ahora, y que pues iban á su casa y pueblo los habian de acabar. Oido por Miguel de Ibarra se rió, y el indio le dijo: «No te rias, que será así como dicen, porque allí tienen unos indios viejos y una vieja que cuanto les sucedió cuando fueron á quemar la ciudad les dijo, y que no fuesen porque serian vencidos, como lo fueron, y ahora han dicho que has de morir tú y todos cuantos vienen contigo. Amo mio, yo te quiero mucho, no vayas allá, mira que te aviso» (condicion es del demonio que para hacer de las suyas, á sombra de una verdad dice mil mentiras). Miguel de Ibarra lo acarició y miró siempre por él, no le quitando de su lado, y con él sabia todo lo que pasaba entre los enemigos, siendo buen amigo y fiel criado en todas ocasiones.

Yendo caminando D. Antonio de Mendoza con su campo, llegó á vista del peñol de Nochistlan por la parte mas fuerte de Peña tajada altísima, y se asomaron en lo alto los empeñolados, los cuales parecian adornados con tantas plumas de diferentes colores, que parecia un florido campo de flores, y comenzaron los enemigos á hacer grande algazara dando grandes voces y gritería, y á arrojar muchas flechas, tocando muchas bocinas y atabales que retumbaba por aquellos collados y valles que causaba espanto y grima, y que se juntaba el cielo con la tierra; y esto seria como á las tres de la tarde, y nuestros amigos los mexicanos hicieron lo propio. Y habiendo llegado mandó el virey cercar todo el peñol, que estaba en medio de un llano, y que se reconociese por todas partes. Repartió en seis escuadrones todo el campo, y detras del peñol se puso el real del virey, camino de Teocaltiche, y camino de Xalpa á Cristóbal de Oñate el gobernador con la gente de la ciudad y su capitan Miguel de Ibarra; al otro lado, camino de Guadalajara, se puso otro real de los soldados que el virey trajo, y á la entrada del peñol y albarradas se puso la artillería y todos los mas soldados de á pié y á caballo, y de la misma suerte se repartieron los indios amigos mexicanos, y se mandó á Miguel de Ibarra que como encomendero de aquellos pueblos les fuese á hablar y les dijese se bajasen de paz y que les perdonaria el delito que habian cometido en alzarse y las muertes é incendio de que

habian sido causa; y habiendo ido Miguel de Ibarra y dádoles el recado, un indio cacique que se llamaba Tenamachtli, zacateco, que era ya bautizado y se llamaba D. Diego, le dijo que no querian darse de paz, que ellos estaban en su tierra, que se fuesen los españoles á la suya y allá la tuviesen, y que á qué venian á buscarlos. Tornóles Miguel de Ibarra á hablar, y tapáronse los oidos, y luego el indio dijo: «Debeis de estar locos tú y esos españoles, pues así venis á que os matemos como siempre hemos hecho á los que aquí han venido de vosotros; no queremos oír vuestras razones, que es cansarnos;» y acabado esto le dieron una rociada de flechería y piedra, que le obligó á retirarse con harta prisa; y visto por el virey que no querian bajarse, mandó fuesen requeridos por otras dos veces, que se diesen: ellos respondieron como la primera vez, que no querian, con mas osadía y desvergüenza; y habiéndolo sabido el virey, un día despues de misa, habiéndola oido todo el real, mandó combatir la entrada, y fueron los soldados y amigos al combate, y llegados á la entrada se les requirió que se diesen, y que si lo hacian, el señor virey les perdonaria todos sus yerros hasta allí cometidos, donde nó, que los acabaria y mataria á fuego y sangre; y de oír esto se rieron ellos y respondieron que si querian hacer lo que hicieron en la ciudad, que no saldrian con ello, y que cómo habian de matarlos ni quemarlos, que estaban bien cercados; y muy ufanos dijeron que probasen á entrar. Á esto dijo el gobernador Oñate: «Mucho regala el señor virey á estos con la paz;» y mandó luego combatir el peñol; y los nuestros acometieron á ganarles la entrada de las albarradas, que casi se las tuvieron ganadas, matando los nuestros tanta cantidad de ellos, que era cosa de admiracion; pero ellos, aunque á costa suya, fueron presto en defenderlas y tornarlas á levantar, y el artillería no hacia daño en ellos, sino que se pasaban las balas por alto y iban á dar en la tienda y real del virey, y en muchos combates que dieron aquel día no les pudieron entrar; gastaron en esto quince dias, combatiendo la fuerza cada dia.

Tenian una fontezueta de agua adonde bebian en los altos del peñol, y como la multitud de indios que se habia recogido en él era tanta que pasaban de sesenta mil, sin los niños y mujeres, la agotaron con el prolijo cerco de quince dias, y la que habian me-

tido antes del cerco pareciéndoles que el agua de la fuente no era bastante para tanta gente, y así perecían de sed, porque los del cerco no los dejaban ir por agua, y también de hambre, que habían entendido que este cerco había de ser como el pasado; y sabido por los nuestros la necesidad que pasaban, acabados los quince días fueron todos los reales y acometieron á las albarradas, donde había muchos heridos, aunque fué sin provecho, con que se retiraron á sus estancias los españoles é hicieron su guarda. Retirados los españoles, quedóse Miguel de Ibarra paseando en su caballo, armado, por la entrada de las albarradas, mirando por dó se entraría, y estando en esto le salió al camino un indio, y llegándose á él le dijo: «Señor, te vengo á avisar de lo que hay en el peñol: has de saber que se hallan en mucho aprieto los indios enemigos, y que D. Francisco, el señor y cacique de los cascanes, me envía para que te diga que te quiere hablar en un callejon que está por donde tú guardas; ve allá que conviene.» Sería esto á prima noche, y Miguel de Ibarra dijo: «¿Eso es cierto?» á que respondió el indio que sí, y que no temiese y fuese, y el indio se fué luego y entró al peñol, y le dijo al cacique cómo había hablado á su señor Miguel de Ibarra, y que ya estaba en el puesto, que fuese; con que el cacique D. Francisco fué al puesto señalado á ver á su encomendero Miguel de Ibarra, y estando juntos, el indio comenzó á llorar y clamar con él; era este cacique de muy buena persona, y Miguel de Ibarra le aplacó y dijo: «¿Cómo, D. Francisco, andais en esto? ¿porqué no os habeis bajado, pues el virey os ha perdonado? ya yo no hallo remedio y sé que os han de acabar á todos y destruir.» Á esto respondió D. Francisco: «Señor amo, yo no tengo la culpa sino D. Diego el cacique zacateco que lo ha contradicho, y porque soy del bando español me han querido matar; con que aquí estos me tienen muy oprimido, y los españoles allá, y sobre todo hay mucha hambre y sed, porque se ha agotado la fuente y se ha secado, permitiéndolo Dios por nuestras maldades; no sé qué hacerme, y sé que si mañana acometen los españoles al peñol lo han de ganar, porque no hay agua, ni que comer, ni fuerzas, ni quien pueda defender la entrada: amo y señor mio, á tí me encomiendo.» Habiendo oido esto Miguel de Ibarra, le dijo: «¿Qué quieres que haga por tí? dímelo, que yo por tí

pondré la vida.» Entonces el indio le dijo: «Señor, por este callejon hay salida: yo me he de huir, y es fuerza pasar por el puesto con toda mi gente, mujer y hijos; por amor de Dios no me descubras.» Miguel de Ibarra le prometió hacerlo, y así se trató y concertó que á media noche estaría en el puesto y le sacaría, y que sacase su gente y parcialidad, y en señal de paz y que sería así le dió un bonete de grana.

Hecho este concierto se despidieron, y luego Miguel de Ibarra se fué á su cuartel y puso su gente en vela retirándose con ella un poco mas desviado del camino de Xalpa; y teniendo su gente asegurada, cuando le pareció que era hora dijo á los soldados que él quería ir en persona á velar aquel cuarto de la media noche, porque convenia hacerlo él; y así se armó y fué con los soldados de su vela, y habiendo llegado les mandó que se desviasen, y que por mas cosas que viesen callasen, que seguros estaban; y al cabo de un rato encontró con su criado, el cual le dijo: «Señor amo, D. Francisco está en el puesto y callejon secreto, llámate para que le saques, que no quiere salir sino por tu mano;» con esto se fué Miguel de Ibarra hácia el callejon y llamó á D. Francisco y le preguntó si estaba apercebido, y el D. Francisco le respondió que sí: volvió á preguntarle que adónde determinaba ir con su gente, á lo cual el indio le dijo: «Señor, vamos á Xalpa á escondernos;» y luego Miguel de Ibarra le volvió á decir: «Pues no hagáis mudanza de ahí hasta que yo os avise; id con Dios y salid sin ruido, hasta que pase esta furia.» Luego comenzaron á salir con el D. Francisco mas de dos mil indios con sus hijos y mujeres: preguntóle Miguel de Ibarra: «¿Hay mas?» á lo que respondió: «Señor, los que son de mi bando y parcialidad están ya afuera; allá quedan otros tantos; paguen, pues se han hecho del bando del cacique D. Diego;» y luego cerraron el callejon como si no hubiesen salido, y Miguel de Ibarra los sacó con los soldados hasta media legua y les dijo que se fuesen. Otra vez volvió á la vela y rindió su cuarto, habiendo mandado á los soldados guardasen el secreto, como lo hicieron; y otro día al amanecer hubo un gran murmullo en el peñol de los enemigos, y Miguel de Ibarra se llegó al gobernador Oñate y le contó lo que había pasado, al cual pareció bien, y le dijo que al medio dia se ganaria el peñol, por las

necesidades que padecian los cercados, según que habia dicho D. Francisco, y que así fuese Su Señoría al combate; y luego que amaneció se armó el gobernador Oñate y se fué á decir al virey se desviase de donde estaba porque no usaban de la artillería ni se atrevian, porque pasaban las pelotas por encima del peñol y iban á dar en su tienda, y el dia antes habia llevado una pelota un pedazo, y así se desvió el virey á otro lado mas seguro. Hecho esto aperció toda la gente del ejército, así á los de á pié como á los de á caballo y indios amigos mexicanos, para acometer, dándoles el orden que habian de guardar, y que la artillería se jugase mas aprisa porque ya estaba desviado el virey y en seguro puesto; y estando todo á punto, temiendo los enemigos acudieron á fortalecerse; pero la artillería los ojeó y echó de allí, y luego Cristóbal de Oñate animó á los soldados, diciendo: «Ea, leones de la Galicia, á ellos, Santiago;» con que arremetieron á ganarles la entrada, y les ganaron las cuatro albarradas con muerte de muchos enemigos, y como las iban ganando las iban acabando de derribar y allanando los indios mexicanos amigos, andando entre ellos los de á caballo alanceando y matando enemigos, con que los retiraron; y estando los enemigos en guarda de sus últimas albarradas, se disparó la artillería y mató á los que las guardaban; y viéndolo los soldados arremetieron y se las ganaron, y los primeros que entraron en el peñol fueron Juan Delgado, soldado que fué de Nuño de Guzman, de quien no quedaron herederos, y Alonso de la Vera, soldado del adelantado D. Pedro de Alvarado, y lo hicieron tan valerosamente estos dos, que resistieron toda la batería de los enemigos, llevando siempre la delantera hasta que entró el tropel de á pié y á caballo; y viendo los enemigos su daño, por no darse á prision se despeñaban por la parte por do el virey estaba, que daba lástima verlos, porque de esta suerte murieron mas de dos mil, y fueron cautivos mas de mil, y todos los demas huyeron, y los que se rindieron fueron mas de diez mil combatientes, con que no quedó ninguno, porque á todos los sacaron del peñol y pueblo de Nochistlan.

CAPÍTULO XXXVIII.

En que se trata cómo el virey D. Antonio de Mendoza y el gobernador Cristóbal de Oñate fueron con el ejército al Mixton, y lo que sucedió en él luego que se desembarazó el ejército del peñol de Nochistlan.

Tuvo noticia el virey que los indios huidos, que se escaparon en gran número, se fueron á empeñolar al Mixton, por ser la fuerza mas inexpugnable que tenia toda la Nueva España, y allí se juntó toda la masa de la rebelion; y así salió con la mayor presteza que pudo de Nochistlan y fué á dormir á la villa vieja de Guadalajara, y otro dia caminó marchando con mucha orden por el puerto y montes de Nochistlan á Xuchipila; le halló despoblado porque todos los indios se habian huido y retirado al Mixton, que está enfrente del pueblo de Apozol; y habiendo corrido los soldados todas aquellas poblaciones, las hallaron yermas y supieron todos estaban encastillados con los otros, porque como supieron todos los indios la gran pujanza que el virey traia de soldados y indios amigos mexicanos, y los grandes castigos que hacian, y las fuerzas tan grandes que se habian ganado y arrasado, y lo sucedido en los peñoles de Nochistlan y Cuiná, porque todos estaban confederados para la guerra, se fueron al Mixton y se fortalecieron con doblados reparos: no era necesario hacerlo, porque según el nombre de Mixton, que en la lengua española quiere decir *gato*, era tal la fortaleza y peñol, que si no eran gatos nadie podia entrar ni subir á él, por las muchas rocas, peñas tajadas y peñascos terribles que tiene para su defensa, como lo fué al principio de su alzamiento cuando fué desbaratado el capitán Miguel de Ibarra y muerta la mitad de sus soldados, y Mota y Sorribas, oficial de hacer ballestas y á cuyo cargo estaba aderezar la alcabuceria, pareciéndoles á los enemigos que allí seria lo propio con el virey y su gente, aunque temerosos se fortalecieron con nuevos reparos de albarradas de piedras rodadizas, y llamaron mucha gente para su defensa, barruntando el daño que les podia venir. Y habiendo llegado el virey á Xuchipila